19

Fray Gerundio y su lego en una casa de locos

Publicado en Bogotá, domingo 17 de octubre de 1847.

Como en nuestras excursiones y viajes hemos tenido siempre por costumbre, mi lego y yo, visitar toda clase de establecimientos, así literarios como artísticos, así de recreo como de beneficencia, acaecíanos lo mismo

tan finas maneras como pudieran observarse en un colegio de educación o en las casas de sus familias; nosotros que habíamos sido testigos del orden, prudencia y miramiento con que eran tratados aquellos desgraciados, así como del sistema sanitario tan perfeccionado por Mr. Esquirol; nosotros que conocíamos la admirable sabiduría que preside al régimen de los dos hospicios de dementes mejor organizados que se conocen en el mundo, el de *Bedlan* en

—Dicen los señores —contestó el director— que sobre 28 o 29 años.

—No llego —contestó él—; 25 hechos y 26 no cumplidos. Vamos, el tiempo se está quieto, pero no me fio.

Y volvió a pasear rápidamente mirando hacia atrás.

—Esta sí que es una locuara verdadera —nos decía Pelegrin—; y en una señora no la extrañaría demasiado, pero en un hombre no la imaginaría yo nunca.

—Al contrario, Pelegrin —le respondí yo—; esta es una

como asombrado de algo que le perseguía.

Al vernos asomados a la rejilla nos preguntó: "¿No es verdad, señores, que estamos en el 15 de agosto de 1820, a las doce del día?"

—Sí, señor —le respondimos todos.

—Entonces voy bien. Y miró a una esfera de reloj que con carbón había trazado en la pared señalando a las doce, y se quedó un poco más tranquilo. En seguida nos preguntó: ¿Qué edad me echan Ustedes?

Londrés y el de *The Hanvel Asylum*, modelos inimitables en este género de instituciones: edificios magníficos inmensos, que han hecho decir la expresión hiperbólica, de que los ingleses alojan los desgraciados en palacios, y los reyes en hospitales; y veíamos ahora las lóbregas y mezquinas jaulas en que arrastraban su miserable existencia los infelices desjuiciados de España, y aquellos patios, o más bien corrales, en que se agitaba y revolvía, como si fuese una piara o

EDICIONES DOSIS MÍNIMA
dosisminima.org

días loco rematado. No es que le faltan al Gobierno modelos que imitar: es que nosotros debemos estar condenados a tener gobiernos que hagan a todos perder el juicio, después de perderle ellos los primeros.

Acompañábanos el director y el conserje, alias cómitre, los cuales nos invitaron a visitar los diferentes departamentos. Mi paternidad accedió de buen grado, pero Tirabeque se apresuró a hacer la excepción del departamento de los furiosos, "pues

por muy sujetos que Ustedes los tengan, el hombre aunque sea loco hace esfuerzos increíbles para recuperar su libertad, y quién sabe…"; y miraba en todas direcciones, por si acaso se había soltado alguno y le agarraba por detrás.

La reflexión de Tirabeque fue tomada en cuenta y en su virtud nos encaminamos a los departamentos de aquellos más pacíficos y tranquilos, cuyas extravagancias excitan naturalmente la risa al mismo tiempo que la compasión.

en los hospicios de dementes. Diré lo que pasó en uno de ellos. No le nombraré y es uno de los obsequios que puedo hacerle.

Excusado es ponderar el dolor que se siente al entrar en un hospital de locos en España; nosotros habíamos visto los célebres hospicios de *Bicétre* y *Charenton* en París; nosotros que habíamos recorrido sus vastos salones y sus ventilados y limpios dormitorios, sus salas de baños calientes y fríos, sus estufas, sus galerías, sus corredores,

marcado en la pared como día fausto; sin considerar unos y otros que el tiempo no pasa en balde y que es imposible detenerle.

—Señor, a estas reflexiones no tengo nada que decir —y pasamos a otra jaula.

Mezcla singular de afecciones, semejante a la que se experimenta cuando se reciben ciertos desengaños, que aflige y se siente el resultado, y alegra y tranquiliza el salir de la ansiedad que da la incertidumbre.

Para entrar en la primera jaula nos advirtieron el director y el conserje que hiciéramos por ocultar nuestros relojes; preguntamos la causa y nos informaron que al que en ella se encerraba le había dado la manía por querer impedir el curso del tiempo y de

inevitable comparación que nos inspiraba el recuerdo de lo que en otra parte habíamos vistos, lo cual añadía el bochorno al sentimiento y el sonrojo a la compasión.

En aquellos países casi se puede desear el padecer una puntilla de enajenamiento mental a trueque de ser tratado como en *Bedlan*, *Charenton* y *Hanvel*; en el establecimiento español que visitábamos, el que por equivocación entre cuerdo, puede tener el consuelo y la seguridad de ponerse a los pocos

clase de manía de que participan muchos hombres. Y aun fuera de esta casa los conozco yo, y tú deberías conocerlos también, que quisieran que no pasara nunca el año 12, otros que desearían que no hubiera pasado o que volviera el año 23, otros que querrían estacionarse en el 34, otros en el 40 y otros en el presente de 45 o en otro año y día cualquiera, que para ellos haya sido memorable y feliz, como sin duda lo sería para este pobre hombre el que tiene tan presente aún

sus anchos y vistosos jardines; nosotos que habíamos admirado la abundancia de sus aguas; que habíamos visto las salas de recreo, con sus mesas de billar, sus pianos y sus libros; nosotros que habíamos presenciado el espectáculo, sorprendente para un español, de 40 o 50 dementes de ambos sexos comiendo tranquilos a la mesa del director, y en compañía de médicos, practicantes y otros empleados del establecimiento, con tanta decencia y abundancia y con

rebaño de animales inmundos, una multitud de hombres que apenas se conocería que lo fuesen si de antemano no se supiera; y sobre todo cuando veíamos aquellas gabias en que yacen y son tratados los hombres a guisa de perros rabiosos; padrón de vergüenza, y afrenta y escándalo de la humanidad, del siglo, del país... Nuestro corazón se partía de dolor, nuestro espíritu se abatía, y venía a aumentarnos la pena y el desconsuelo de tan repugnante espectáculo, la

los años. Parece que en su juventud había sido muy enamorado, y viendo que con la edad le iba faltando el partido con las damas, de tal manera dio en caviar y discurrir sobre el modo de evitar que la vejez se le viniese encima y que por él no pasaran los años, que estaba en movimiento continuo como pugnando por huir de que le alcanzara el tiempo. En efecto, al entrar encontramos un hombre de edad madura paseando rápidamente de un lugar a otro,